



II

En plena revolución--Cómo se ganó un empleo de capitán

DON Blas y yo volvimos á quedarnos solos. Me dió algunas explicaciones sobre las causas de aquello y regresamos á la posada, donde él contó á sus compañeros lo bien que iba la cosa. Los oficiales se dispusieron á introducirse aisladamente en la ciudad, mientras los soldados recibían orden de diseminarse por los arrabales.

En cuanto á nosotros tornamos á pie á Méjico. Por el camino expuse á mi acompañante mis recelos acerca de la suerte del convoy de plata.

—¿Tiene V. parte en él? me preguntó con viveza.

—Ninguna, pero el saqueo del convoy causaría pérdidas á no pocos compatriotas míos.

—No tema V., dijo don Blas, un protector oculto, pero poderoso, garantiza la seguridad de esta conducta: ha salido un correo de gabinete que lo ha hecho detenerse en lugar seguro. No queremos que un ataque á la propiedad manche la gloriosa revolución que

inauguramos. Yo estoy designado para tomar el mando de la escolta á la hora de continuar su marcha.

Otra sorpresa me causó el calor con que don Blas tomaba aquella misión; por cierto que con ese calor hubo de contrastar la frialdad que me mostró al comunicarle mi empeño decidido de acompañarle á Veracruz.

—Bueno, murmuró, pero por desgracia no podemos fijar todavía el día de la partida.

Al día siguiente se supo que los generales Santa Ana y Valencia venían al frente de dos divisiones para reparar los males que se atribuían al gobierno de Bustamante. Poco después se oyó el estampido del cañón. Hubo combates de importancia entre las tropas del gobierno y los sublevados, cuyo proyecto era cercar la Plaza Mayor, habiéndose apoderado ya de una batería establecida en el ángulo de las calles de San Agustín y Segunda Monterilla. La guarnición del palacio, vendida á los insurrectos, se apoderó en la plaza misma de la persona del Presidente. Sin embargo siguió corriendo la sangre.

A todo esto yo me preguntaba que habría sido de don Blas, y á la siguiente madrugada despertaronme con sobresalto recios golpes dados en la puerta de la calle. Poco después entraba en mi cuarto de uniforme mi hombre: la cara sin afeitarse y ennegrecida por la pólvora y los cabellos en desorden probaban ó parecían probar, al menos, que había tomado parte en los combates anteriores.

Felicitéle por su aspecto belicoso, y me dijo con aire resuelto que venía á apoderarse del terrado de mi casa, que dominaba la plaza del Palacio.

—Me llaman capitán, sin ser más que teniente, y he elegido la azotea de esta casa por estar cerca de la Presidencia y por que V. pueda ver como gano la efectividad de capitán. Ya está arriba mi compañía, y espero que V. nos acompañará.

—Asistiré con mucho gusto al triunfo de V., pero me pondré á cubierto de las balas, puesto que no tengo que ganar ningún grado.

En esto apareció el asistente Juanito.

—Mi capitán: sino viene V. á ponerse al frente de la compañía va á ocurrir alguna desgracia.

—¿Es que están esos pícaros impacientes por empezar la broma?

—No, mi capitán, no tienen ninguna prisa; al contrario: pero en la azotea del Ayuntamiento, frente á esta casa, se halla ese bribón de coronel, el dueño de la posada que tuvo á usía en rehenes.

—¿Y qué?

—Que nos hace proposiciones para venderle los cartuchos.

—Y seguro estoy de que mis valientes las habrán rechazado con indignación.

—¡Ya lo creo! Quiere comprarlos á mitad de precio.

—¿Nos ha vendido ese condenado de coronel?

Bien puede ser, mi capitán, pero no acostumbro á meterme en lo que no me importa.

—Durante este diálogo yo me vestía á toda prisa, y enseguida los seguí á la azotea, con vivísimos deseos de ver cómo don Blas ganaba su empleo de capitán. Aun no había salvado yo los últimos escalones cuando le oí mandar «¡fuego!» con voz atronadora. Me detuve, pero con gran sorpresa mía no sonó ni un tiro. Una segunda voz de mando tuvo igual resultado que la primera, y solo á la tercera se oyó una que otra detonación, como indicando la repugnancia de los soldados á malgastar sus cartuchos.

Entreabrí la puerta de la azotea con las precauciones que el caso requería, y protegido por la barandilla fuí á situarme detrás de uno de los pilares que se elevaban en forma almenada, indicio de haber pertenecido la casa á un noble en tiempo de la dominación española.

CAPILLA ALFONSO

D. Blas parecía mirar con ojos de envidia el sitio seguro que yo ocupaba. He aquí lo que ví: la bandera nacional no flotaba ya en lo alto del Palacio, dentro del cual el Presidente se encontraba preso por su misma guarnición.

En las claraboyas enrejadas de la cárcel, que formaba parte del Palacio, se agitaban furiosamente algunas caras siniestras. Las tropas fieles al preso continuaban en la Plaza Mayor; los oficiales iban y venían comunicando órdenes; la artillería rodaba con estrépito por el empedrado, y algunas descargas lejanas y la humareda blanca que se alzaba detrás de las casas indicaban que se batían de firme allá donde no alcanzaba mi vista. Según la costumbre de Méjico, se batían también en las azoteas. Era como una segunda batalla en una región superior.

Las azoteas del Palacio estaban llenas de soldados que componían una parte de la guarnición vendida á Santa Ana. Estos soldados sostenían un fuego bastante nutrido contra las tropas del coronel, que de este modo se hallaban entre dos fuegos; la proximidad de la gente de don Blas era lo que debía darle más cuidado. Este había mandado nuevamente hacer fuego, pero esta vez con mejor éxito, puesto que el gigantesco coronel se adelantó como parlamentario á la baranda de la azotea que ocupaba, y colocando sus manos en forma de bocina, gritó:

—¡Sabéis que es irritante, muchachos, que hagais fuego contra nosotros de esa manera? ¡Diantre! Debáis tener más miramiento. No está bien reunirse dos contra uno.

—¡Traidor! gritó don Blas furioso.

—¡Qué es eso de traidor? Está V. chistoso, amigo don Blas. Nadie es traidor por su gusto; está V. muy atrasado en política.

—Ha hecho usted proposiciones ofensivas á mis soldados, añadió don Blas.

—Es verdad; he faltado en no ofrecerles un precio razonable por sus cartuchos, pero estoy pronto á reparar el agravio.

Un hurra de alegría lanzado por los de don Blas indicaba que el orador empezaba á convencerles.

—Quedamos, pues, convenidos en que no volveréis á hacerme fuego. ¿Qué provecho sacaría vuestro capitán con matarme? No me debe ni un real.

Este argumento fué contraproducente para don Blas, y blandiendo airado su espada, gritó:

—¡Mueran los enemigos de la patria! ¡Fuego á los traidores!

Y obligó á sus soldados á obedecerle, y los dos partidos empezaron á hacerse fuego con tanto encarnizamiento como escaso resultado. Cubierto con el ángulo de la pared observé el comportamiento de don Blas, y debo declarar que me pareció bastante satisfactorio. Las balas silbaban.

Sonó una nueva descarga y don Blas cayó. Iba á acudir á él, pero el asistente me detuvo. Su jefe permanecía en el suelo sin dar señales de vida. Observé que Juanito mandaba alejarse imperiosamente á algunos soldados que también trataban de auxiliarle, y pensaba que sería por efectuarlo él únicamente, cuando con gran sorpresa ví que le registraba los bolsillos. Retirando al fin sus manos vacías, dijo con el acento del desengaño:

—¡Nada! ¡ni un real!

Después el leal asistente cogió la charretera de oro de su amo y se la guardó para consolarse del disgusto.

D. Blas suspiraba débilmente, abrió los ojos y pidió que lo sacasen de allí. Así lo hicieron cuatro soldados. Quise acompañarle para que le pusiesen en mi cama, y se le curase, pero se opuso tenazmente. A pesar de ésto insistí y se le condujo á mi cuarto.

—Esto no será nada, me dijo él; las balas no ma-

tan á un veterano como yo. Vuelva V. á la azotea y continúe observando la acción; la noticia de la victoria me curará. Necesito quedarme solo.

Cedí á sus ruegos y volví á la azotea. Durante mi ausencia el coronel había propuesto una tregua que fué aceptada, y yo, tranquilizado por esta circunstancia, pude observar mejor la marcha de los sucesos. La batería establecida en el ángulo de las calles de San Agustín y Monterilla vomitaba incesantemente metralla; la calle estaba llena de muertos y de heridos; los unos caían con el frío estoicismo de los indios; otros lanzando gemidos penetrantes. Estos pertenecían en gran número á la clase de los curiosos que se habían aventurado en medio del fuego. Más allá, por la parte del barrio de San Lázaro, el cañón tronaba también sin cesar. Por último, en la calle de Tacuba, que mira al Palacio, una batería de los sublevados barría la plaza y abría espaciosa brechas en el recinto del mismo Palacio. Los escombros se acumulaban con rapidez, las barandas de los balcones colgaban destrozadas y torcidas, y á poco rato se vino abajo un lienzo de la pared.

Entonces se vió aparecer en una ventana á un hombre vestido con lujoso uniforme. En su franca fisonomía y en su robusta constitución distinguí los rasgos característicos de una naturaleza propia para la vida militar. Era quizás el mejor ciudadano de Méjico, el general Bustamante. Mas afligido por las escenas que ensangrentaban la ciudad que preocupado por la suerte de su persona, dirigió á los sublevados palabras que sentí no poder oír, á la distancia á que me hallaba. Pero no cesó el estampido del cañón, volaban las piedras arrancadas por los proyectiles muy cerca de él, y sin embargo, permanecía indiferente al peligro. Al fin le hicieron retirarse.

Casi á la vez por las grandes grietas abiertas en las paredes de la cárcel empezaron á salir los presos,

uno tras otro, á pesar de la metralla que barría la plaza. Al recobrar su libertad aquellos hombres, en su mayoría grandes criminales, dispersábanse por las calles contiguas con salvajes gritos de alegría. Era el complemento de la anarquía imperante.

Empezaban á fatigarme esas terribles escenas cuando se estableció entre los combatientes una tregua tácita: un silencio profundo sucedió á las descargas de artillería: había llegado el momento de que cada partido curase sus heridos y contara sus muertos. Bajé á mi cuarto á ver á don Blas y... ¡había desaparecido, dejando la cama casi intacta!

Pregunté á los de casa, y me dijeron que al declararse la tregua le vieron bajar la escalera con paso firme y lanzarse fuera. El drama parecía terminado. En la calle se recojían los heridos y las gentes abrían las puertas para recibirlos. En cuanto á los muertos generalmente se pasaba junto á ellos con la mayor indiferencia.

